

Lectura Espiritual:
TU PROGRAMA Y EL MÍO

Me has ungido, Señor,
para amar y servir,
para cantar tu Palabra,
para devolver la esperanza,
para sembrar mi vida,
para vivir en tu Espíritu.

Me has enviado a coser heridas,
a caminar con tu pueblo en el gozo y el llanto,
a dejarme transformar por tu modo de amar,
a repartirme en humildad a todos,
a liberar cautiverios y abatimientos.

A veces ando atolondrado y estresado,
envuelto en mil tareas religiosas
y entretenimientos pastorales
que me despistan y distraen
del centro de tu buena noticia.

Me asusta tu desafío:
hacerme presente en las intemperies
de los que sufren descarte y abandono.
Prefiero seguir mi programa al tuyo.
Prefiero lo seguro y conocido a correr riesgos.
Podrías plantearme salir de mi rutina plácida.
Podrías desmontar mis planes y tren de vida.
Podrías pedirme partir del lugar de falsa paz
en que vivo instalado y me he ido construyendo.
Podrías pedirme que dejara de controlarlo todo
y saltar en tus brazos sin más red que la fe.

Tú me lanzas a ser continuador de tu misión:
anunciar la buena noticia a los pobres,
soltar los candados de los cautivos,
compartir tu luz entre las cegueras de este mundo,
libertar a los oprimidos de grilletes de exclusión,
gritar con fuerza y júbilo desmedido
que contigo hay esperanza para todos.

Este es tu proyecto de vida y acción,
con tus prioridades y sueños para quienes te sigan.
Que no me deje seducir por otros proyectos,
que disfrazan justificaciones, coartadas y excusas
para eludir comprometerme hasta el fondo.

Cuenta conmigo, Señor. Envíame.
Deseo hacer carne en mí tu misma misión,
aunque no esté de moda ni se hable casi
de tu opción preferencial por los pobres.

(Fermín Negre)

Tomado de <https://www.rezandovoy.org/textos/2186>



V Domingo Tiempo Ordinario / Ciclo A

[Isaías 58,7-10; Salmo 111: El justo brilla como una luz en las tinieblas; 1Cor 2,1-5; Mateo 5, 13-16]

¡Ven Espíritu Santo!

“Ustedes son la sal y la luz del mundo”

Queridos hermanos y hermanas: ¡Seamos sal y luz!

Imaginemos por un momento: sin sal, la comida es insípida; sin luz, todo es oscuridad. Jesús nos dice hoy: "Ustedes son la sal de la tierra... Ustedes son la luz del mundo" (Mt 5,13-14). No son palabras poéticas lejanas, sino un llamado a nuestra vida de cada día.

El profeta Isaías lo aclara con ternura: "Comparte tu pan con el hambriento, abre tu casa al pobre sin techo, viste al desnudo y no des la espalda a tu propio hermano" (Is 58,7). Esa es la sal que da sabor: misericordia, bondad, justicia. Pablo lo vivió sin palabras sabias, sólo "por medio del Espíritu" (1Cor 2,4-5). Y el salmo canta: "El justo brilla como luz en las tinieblas" (Sal 111).

En nuestra realidad personal y como sociedad, ¿dónde llevar ese sabor y luz de Jesús? Donde hay sinsabor: en las situaciones de necesidad espiritual y material, donde haya desunión y conflicto, en situaciones cargadas de desesperanza y desconsuelo. Seamos sal visitando al enfermo, compartiendo lo poco que tenemos con quien necesita y estando muy atentos a nuestro alrededor para ayudar y hacer el bien. Sé luz sonriendo al vecino en crisis, defendiendo la dignidad del marginado y del que vive injusticia. Así, "brille la luz de ustedes ante los hombres" (Mt 5,16).

Tres preguntas para reflexionar en nuestro corazón:

¿Dónde siento yo el sinsabor en mi vida o en mi entorno, y cómo puedo salarlo con una obra de misericordia?

¿En qué oscuridad de mi familia, vecindario o sociedad puedo encender mi luz con bondad concreta?

¿Confío más en el poder de Dios que en mis palabras, como Pablo?

¡Hermanos y hermanas, salgamos a iluminar y sazonar el mundo con el amor de Dios! Así sea.

Una idea:

Seamos sal y luz con nuestras acciones que den vida.

Una imagen:

La sal y la luz como símbolo de la misión del cristiano.

Un sentimiento:

El compromiso y el honor de nuestra identidad cristiana en el mundo.

Javier Fuenmayor, sj